

# La Guerra Civil Europea

## El laberinto español, 1914-1939

Francisco J. Romero Salvadó  
*University of Bristol*

*La violencia desencadenada desde 1914 ha perturbado el sentido moral de los europeos...Confianza en la acción directa, apelación a la ametralladora. La plaga recorre todos los pueblos...En España ha sido prodigiosa la propaganda por el ejemplo triunfante en Alemania, en Italia, en Rusia, en Austria...En fin, ahora contemplamos las obras de la barbarie... Alcanzamos el nivel moral de gran parte de Europa*

(M. Azaña, 2005, pp. 244-245).

### El microcosmos español

Escrita en la primavera de 1937, *la Velada de Benicarló* refleja el desgarramiento moral del entonces presidente de una República española a merced del fratricidio y el extremismo. A través de su *alter ego*, el escritor Eliseo Morales, Manuel Azaña enfatiza cómo la devastación que azotaba entonces a España formaba parte de la amplia plaga que sacudía Europa. La guerra civil fue un intento drástico de resolver mediante la violencia un número de cuestiones vitales que habían dividido a los españoles desde hacía generaciones (reforma agraria, nacionalismos periféricos, secularización, reforma militar, etc.). Sin embargo, la tragedia española no puede analizarse sin hacer referencia a la Guerra de los 30 Años del Siglo XX que une umbilicalmente los dos grandes conflictos mundiales (A. Mayer, 1984, p. 4). En este contexto, la salvaje contienda fratricida española fue la última batalla, antes del estallido de la hecatombe de 1939, de una guerra civil europea que ardía desde la conquista del poder por los Bolcheviques en noviembre de 1917, y había incluido entre otros eventos, la consolidación de la Unión Soviética, el ascenso del Fascismo en Italia y Alemania y el establecimiento de regímenes autoritarios por toda Europa (H. Graham y P. Preston, 1987, p. 1).

Acostumbrado a la relativamente monótona historia de Inglaterra, el autor británico Gerald Brenan calificó de laberinto la constante agitación social e inestabilidad política que caracterizó la historia moderna española (Brenan, 1990). Sin embargo, sin minusvalorar sus profundas peculiaridades, el caso hispano no constituyó una anomalía sino un microcosmos de esta era de extremismos, una versión regional y, naturalmente específica, de la crisis general en la que Europa se vio sumergida durante el periodo de entreguerras.

### La persistencia de los viejos tiempos

En los albores del estallido de la I Guerra Mundial, España era una monarquía parlamentaria que disfrutaba de derechos fundamentales como la libertad de expresión y reunión, e incluso del sufragio universal masculino. En realidad, desde la Restauración Borbónica, en diciembre de 1874, la política era un juego de notables en la que la mayoría de los ciudadanos no tenían ni arte ni parte (G. Cardona, 2010, p. 27). Dos partidos dinásticos - Conservadores y Liberales - se alternaban en el gobierno sistemáticamente en una práctica conocida como el turno

pacífico. Las elecciones eran pura ficción pues la hegemonía de aquellos se basaba en la apatía pública, el clientelismo y el caciquismo.<sup>1</sup>

El monopolio político por parte de una élite gobernante no era excepcional en la Europa de principios del Siglo XX. Como sugiere Ramón Villares (2009, p. 104) el caciquismo era la variante española del sistema universal de clientelismo político; un fenómeno asociado con regímenes políticos representativos, pero con una ciudadanía poco desarrollada y una cultura política poco participativa. Elementos intrínsecos de los *Anciens Régimes* dominaban el paisaje político desde la reacción conservadora tras el ciclo revolucionario de 1848 y el aplastamiento de la Comuna de París de 1871. La gran mayoría de países estaban gobernados por monarcas que conservaban prerrogativas extraordinarias y presidían una vasta burocracia civil y militar cuyo objetivo primordial era, por supuesto, la defensa del orden social. Las cámaras altas parlamentarias eran un baluarte de la tradición siendo sus miembros, en muchas ocasiones, designados por la corona por motivo de nacimiento, riqueza o servicio público. En el caso de los congresos de diputados, mecanismos diversos que iban desde el censo del sufragio, al clientelismo o el peso desproporcionado de los distritos rurales, garantizaban la persistencia de una élite en el poder (A. Mayer, 1984, pp. 16-17, 21-25, 224-225).

Este tipo de liberalismo oligárquico presidía una situación explosiva. En España, las garantías constitucionales se suspendieron 25 veces entre diciembre de 1875 y marzo de 1919.<sup>2</sup> El uso del ejército para aplastar los movimientos de protesta era frecuente en Europa. Recordemos los violentos sucesos de Rusia en 1905, la década de 1890 y la Semana Roja de junio de 1914 en Italia, y hasta en la más progresista república francesa, los episodios de 1906 y 1908.

## El crepúsculo de una era

La I Guerra Mundial representa el crepúsculo de una era. La convulsión social y trastorno económico, sin precedentes, aceleró la entrada de las masas en la política y produjo la ruptura definitiva con el antiguo orden (M. Blinkhorn, 1990, p. 3). Durante el periodo de entreguerras, tres proyectos políticos rivales pugnarían violentamente por remplazar el sistema liberal-parlamentario y oligárquico del Siglo XIX: el reformista-democrático interclasista; la alternativa reaccionaria autoritaria o totalitaria; y la oferta revolucionaria obrera. Su choque iba a generar una “guerra civil europea”, una época de “brutalización” política que desembocaría en 1939 en la tragedia de la II Guerra Mundial (J. Jackson, 2002, p. 7).

El malestar social afectó cada rincón de Europa, pero el epicentro revolucionario se hallaba en Rusia. Tras años de catástrofes militares, penuria y corrupción arbitraria de una corte dominada por aventureros, una manifestación popular en Petrogrado degeneró en una revolución que derrocó en una semana (8-15 marzo 1917) a la aparentemente todo poderosa autocracia zarista. El Partido Bolchevique, el grupo más vocal en su oposición a la guerra y a favor de la distribución de la tierra, se hizo con el poder por medio de un golpe el 7 de noviembre.<sup>3</sup> El fenómeno revolucionario ruso se convirtió automáticamente en fuente de inspiración. Si el oprimido pueblo ruso había podido derribar al régimen más tiránico en el continente, su experiencia seguramente podía repetirse en otros lugares (F. J. Romero Salvadó, 2010, p. 63).

---

<sup>1</sup> Abundantes ejemplos de fraudes electorales se pueden encontrar en el Archivo Histórico Nacional, *Serie A Ministerio de la Gobernación* (AHN) (por ejemplo, Legajos 10A, 11A, 27A, 28A y 29A). Para análisis recientes sobre el caciquismo, véase Robles Egea, A. (ed.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismos políticos en la España contemporánea*, Madrid: Siglo XXI, 1996; Varela Ortega, J. (ed.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España, 1875-1923*, Madrid: Marcial Pons, 2001; Moreno Luzón, J.: “El clientelismo político. Historia de un concepto multidisciplinar”, *Revista de Estudios Políticos*, 105 (1999).

<sup>2</sup> Fundación Antonio Maura, *Archivo Antonio Maura* (AAM), Leg. 273, Carp. 4.

<sup>3</sup> Según el Calendario Juliano, entonces en vigor en Rusia y que iba trece días por detrás, la revolución que derribó al zar tuvo lugar entre el 26 de febrero y el 2 de marzo de 1917 y la que llevó al poder a los Bolcheviques, el 25 de octubre de 1917.

## La revolución *manqué*

España no entró en la guerra, pero la guerra sí entró en España y la conmoción socio-económica y política resultante dio lugar a una ofensiva revolucionaria en 1917 a tres bandas: pretoriana, parlamentaria y obrera. Aunque sin el dinamismo de la tormenta popular del marzo ruso o la eficiencia clínica del golpe de noviembre, su impacto expondría la fragilidad del régimen.

Como en el resto de Europa, la Gran Guerra convulsionó la sociedad y la estructura económica del país. Mientras una minoría de empresarios y especuladores acumulaban riquezas insólitas gracias al alza masiva de los precios, la mayoría de la población sufrió un vertiginoso empeoramiento de su nivel de vida a causa de la inflación galopante, el acaparamiento y la escasez de productos de primera necesidad (I. Bernís, 1923, pp. 95-96). Huelgas, motines de subsistencias y asaltos a comercios comenzaron a convertirse en espectáculo habitual en muchas ciudades.

La Lliga Regionalista, el principal exponente del regionalismo catalán moderado, trastornó la agenda política al introducir, por primera vez, la cuestión de autonomía en las Cortes en junio de 1916 (F. Cambó, 1991, pp. 311-373) para acto seguido dirigir con éxito una demoledora campaña contra los proyectos económicos del gobierno; proyectos que se debían financiar por medio de un impuesto sobre los beneficios extraordinarios de guerra conseguidos por la industria y el comercio, pero que ignoraban a la agricultura (M. Cabrera *et al*, 1989, pp. 369-421). Simultáneamente, la gravedad de la miseria social impuso un histórico pacto en julio de 1916 entre la socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y la anarco-sindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT).<sup>4</sup> El 27 de marzo de 1917, animados por la caída del zarismo, los dos sindicatos firmaron un nuevo manifiesto en el que culpaban al régimen de amparar la angustia social existente y amenazaron con derribarlo, en el momento oportuno, por medio de una huelga general indefinida.<sup>5</sup> También, desde fines de 1916, oficiales del ejército comenzaron a formar Juntas Militares de Defensa, un tipo de sindicato que buscaba defender los intereses corporativos: mejores condiciones, aumento de sueldos, y el mantenimiento estricto de la escala cerrada (B. Márquez y J. M. Capó, 1923, p. 24). Al mismo tiempo, la cuestión de la neutralidad comenzó a polarizar a las élites culturales y políticas con tal intensidad que el debate adquirió el carácter de una guerra civil dialéctica (G. Meaker, 1988, pp. 1-2, 6-7). En general, los terratenientes, la Iglesia, el ejército y la corte se identificaban con los Imperios Centrales. Por el contrario, los Regionalistas Catalanes, los Republicanos, los Socialistas y los intelectuales eran partidarios de los Aliados (F. J. Romero Salvadó, 2002, pp. 11-20). España era un barril de pólvora en 1917, el Rey Alfonso XIII suministró la espoleta.

Tras años de actividades subversivas, incluyendo una campaña submarina mortífera que había destruido el 30% de la flota mercante,<sup>6</sup> el gobierno del Liberal Conde de Romanones intentó en abril de 1917 romper relaciones diplomáticas con Alemania.<sup>7</sup> Su iniciativa topó con el veto del monarca. Conocido por sus ambiciones coloniales como Alfonso el Africano,<sup>8</sup> y descrito recientemente por Gabriel Cardona (2010, p. 71) como “rey de espadas”, Alfonso XIII había deseado, en un primer momento, ponerse del lado de los Aliados y marchar al frente de sus ejércitos al campo de batalla para colmar su sueño: el engrandecimiento del imperio en el norte de África y la anexión de Portugal (H. de la Torre, 2002, p. 127). La identificación de los enemigos de la monarquía con la

<sup>4</sup> Las presiones de militantes Socialistas en busca de la unidad sindical se pueden ver en Fundación Pablo Iglesias (FPI), *Archivo Amaro del Rosal, Actas del Comité Ejecutivo de la UGT, 1916-1918* (AARD-IX, 20 y 27-i, 10-ii, y 9-iii-1916). Para invitación de la CNT a la UGT a colaborar ver AARD-IX (11-v-1916).

<sup>5</sup> *El Socialista* (28-iii-1917).

<sup>6</sup> Un resumen de estas actividades se puede encontrar en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), *Archivo Conde de Romanones* (ACR), Leg. 63, Exp. 46 (abril de 1917). Ver también el informe del Servicio de Inteligencia británico en Public Record Office (PRO), *Foreign Office* (FO) 371-3372/118836 (6-vii-1918).

<sup>7</sup> ACR, II I A, Romanones a embajador español en Francia, Fernando León y Castillo (14-iv-1917); FO 371-3035/75548 y 76696, J. V. Vaughan (secretario de la embajada británica) a ministro de Asuntos Exteriores, Arthur Balfour (12-13-iv-1917).

<sup>8</sup> El primero en otorgar tal sobrenombre al monarca hispano fue uno de los jefes del Partido Liberal, Eugenio Montero Ríos.

Entente y las promesas territoriales alemanas comenzaron a cambiar sus simpatías. El abandono del zar a su suerte por los Aliados le situó firmemente en el campo germanófilo (Romanones, 1999, pp. 383-385).<sup>9</sup> En mayo de 1917, obsesionado por los sucesos en Rusia, el rey provocó una reacción en cadena cuando ordenó al gobierno disolver las Juntas Militares, viendo en ellas, erróneamente, un paralelo con la oficialidad rusa que acababa de desertar a su soberano (Romanones, 1999, pp. 413-414).<sup>10</sup>

El desafío triunfante de los Junteros asestó un golpe letal al régimen (M. Ballbé, 1985, 291). La Lliga se aprovechó del caos resultante para organizar el 19 de julio una Asamblea de parlamentarios en Barcelona para comenzar la renovación constitucional del país.<sup>11</sup> La Lliga no buscaba el asalto a la Bastilla sino el conseguir pacíficamente una revolución política para impedir una convulsión social mucho más profunda que pudiera causar el mantenimiento de un sistema político desacreditado (J. A. Lacomba, 1970, p. 201). El 13 de agosto, los socialistas lanzaron una huelga general de carácter revolucionario. Identificando a la Asamblea y las Juntas con la burguesía y el ejército zarista, creían que estaban viviendo la versión española del marzo ruso (M. Cordero, 1932, p. 34). Sin embargo, las tropas españolas no se encontraban desmoralizadas tras años de derrotas. Promesas de mejoras salariales junto a rumores alimentados por el gobierno de que oro extranjero estaba financiando la revuelta ayudaron a desvanecer las últimas dudas entre los oficiales.<sup>12</sup> Así, concluyeron que era mejor ametrallar a los obreros en España que irse a cavar trincheras a Francia. La huelga fue reprimida con inusitada violencia (J. A. Lacomba, 1970, pp. 260-274). El drama revolucionario español de 1917 concluyó con un epílogo revelador. En octubre, los militares arrojaban del poder al Ministerio Conservador de Eduardo Dato. El resultado fue la destrucción del turno pacífico y la formación de una concentración monárquica en la que los fracturados partidos dinásticos compartían el gobierno con Juan de la Cierva, ministro de la Guerra impuesto por las Juntas, y los regionalistas catalanes.

### El espejismo de la marea roja

Tras el triunfo del Bolchevismo, Europa entró en un periodo de movilización popular masiva. En medio de la agitación social reinante, los Bolcheviques fundaron en marzo de 1919 una nueva organización para coordinar la revolución mundial, la Internacional Comunista o Comintern (K. McDermott y J. Agnew, 1996, pp. 12-13). Sin embargo, la gran paradoja de la Revolución Bolchevique fue que inició una era sin precedentes de derrotas catastróficas de la clase obrera (H. Graham y P. Preston, 1987, p. 1). El fracaso estrepitoso de una insurrección comunista en Alemania, en marzo de 1921, clausuró definitivamente el ciclo revolucionario. La marea roja que amenazaba con conquistar el mundo había quedado en mero espejismo. La intransigencia doctrinal y la progresiva Rusificación de la Comintern, con su implícita ignorancia de las peculiaridades nacionales, dejaron aislado a los Partidos Comunistas de aliados potenciales. En vez de triunfos revolucionarios, la agitación social de la posguerra reveló las profundas divisiones del proletariado y su falta de clara agenda política (a diferencia de ambiguos objetivos ideológicos junto con ciertas demandas socio-laborales).

También en España, las esperanzas suscitadas por el Bolchevismo, la crisis de subsistencias y la inflación galopante generaron un período de inusitada agitación obrera. El campo andaluz experimentó una era de efervescencia conocida como Trienio Bolchevique (F. Cobo Romero, 2010, pp. 131-137). Al mismo tiempo, manifestaciones callejeras y huelgas fabriles paralizaron las ciudades. Sin embargo, a diferencia de lo que pasaba en la mayor parte de Europa, el marxismo no era el

<sup>9</sup> Ver también, FO 371-3033/96587, despacho del agregado militar Jocelyn Grant (5-v-1917).

<sup>10</sup> El pánico de Alfonso XIII ante los sucesos rusos se puede ver en FO 185-1344/268, despacho del embajador Arthur Hardinge (19-iv-1917).

<sup>11</sup> La Asamblea reclamó unas Cortes Constituyentes elegidas en unos comicios presididos por un gobierno que representase la voluntad nacional. Se crearon tres comisiones para estudiar respectivamente la primera, la reforma constitucional y la autonomía municipal, la segunda, la defensa nacional, la enseñanza y la administración de justicia, y la tercera, los problemas socio-económicos. Ver ACR, Leg. 19, Exp. 19 (5).

<sup>12</sup> Para los rumores del oro extranjero véase FO 185-1346/433 y 371-3034/175803, despachos de Hardinge (24 y 31-viii-1917).

protagonista de tales acontecimientos. Los Socialistas traumatizados por la represión de 1917 regresaron a su habitual posición: retórica belicosa pero acciones prudentes. El Comunismo fracasó estrepitosamente. Los primeros agentes de la Comintern en España fundaron un partido minúsculo formado por una escisión de las Juventudes Socialistas en abril de 1920, al que se tildó de partido de los 100 niños.<sup>13</sup> En noviembre de 1921 la fusión, forzada por la Comintern, entre aquellos jóvenes radicales y una minoría que se había escindido del Partido Socialista en abril de 1921, dio lugar a un partido raquítrico, marcado por sus rencillas internas, y sin apenas influencia en la política nacional (J. Avilés Farré, 1999, pp. 259-262).

La CNT capitalizó el momento, experimentando en el proceso un periodo de crecimiento vertiginoso: de unos 15.000 miembros en 1915 a 700.000 durante su segundo congreso nacional en diciembre de 1919.<sup>14</sup> La disparidad socio-económica producida por la Gran Guerra aceleró el proceso de conciencia de clase, sobretodo en la metrópolis industrial de Barcelona. En el verano de 1918 se constituyó la Confederación Regional de Cataluña y se aprobó la creación de los Sindicatos Únicos que agrupaban a todas las sociedades obreras que trabajaban en un mismo sector industrial de una localidad, poniendo fin a la fragmentación que había debilitado la solidaridad de los trabajadores catalanes en el pasado (Confederación Regional del Trabajo, 1918, pp. 22-23). La fortaleza de la nueva estructura organizativa quedó demostrada cuando durante una disputa industrial en febrero de 1919, en la principal compañía hidroeléctrica, la llamada Canadiense, el proletariado catalán, tras 44 días de una huelga que paralizó Barcelona, obtuvo una victoria rotunda que incluía la promesa gubernamental de la jornada laboral de 8 horas (A. Balcells, 1965, pp. 67-78).

La CNT nunca constituyó una amenaza genuina para el régimen. Su carácter ecléctico permitía la convivencia de corrientes diversas: naturistas, sindicalistas, publicistas y anarquistas de todo tipo, desde humanistas hasta los grupos de acción partidarios del terror (A. Domingo, 2010, p. 139). Sin embargo, al menos hasta el otoño de 1920, la organización se sustentó, ante todo, en un movimiento sindical con un elevado tono laboralista (P. Gabriel, 2002, p. 114). El movimiento libertario habitaba en una galaxia muy diferente al Bolchevismo. El líder Bolchevique Vladimir Lenin (1985, pp. 60-61) en su polémica con los anarquistas les recordaba que la revolución no significaba abolir la autoridad sino tomar el poder por las armas para luego imponer un nuevo orden basado en un autoritarismo férreo. La CNT aspiraba a transformarse en un utópico “contra-poder” que debía sustituir al orden social burgués (S. Tavera, 2002, p. 33). Su incoherencia ideológica y estructural quedó manifiesta cuando en un ambiente de euforia revolucionaria, el congreso de diciembre de 1919 proclamó, por primera vez, la identificación con principios anarquistas mientras simultáneamente aprobaba afiliación con la Comintern (Confederación Nacional del Trabajo, 1919, pp. 372-374). Dicho congreso también adoptó a nivel nacional la estructura de Sindicatos Únicos, pero rechazó la creación de federaciones nacionales por miedo a que emergiese una burocracia dirigente que amenazara la espontaneidad del movimiento (Confederación Nacional del Trabajo, 1919, pp. 261-307). Como consecuencia, la CNT persistió siendo un conglomerado de organizaciones regionales sin disciplina colectiva. En el verano de 1936, la dura realidad destruyó los cimientos fundamentales de la fe anarquista; cimientos construidos a lo largo de años de persecución y clandestinidad. La “visión lírica de la revolución” acabó dejando paso a la colaboración en el gobierno con otras fuerzas políticas (J. Casanova, 1997, p. 156).

### La hora de la reacción

En el verano de 1920, el veterano anarquista italiano Errico Malatesta declaró que si dejaban pasar esta oportunidad de oro para destruir el estado burgués, luego pagarían con lágrimas de sangre el pánico que estaban causando (A. Rosmer, 1971, p. 27). Su predicción fue correcta. La

<sup>13</sup> Ver FPI, *Internacional Comunista. Informes de España*, informes de las actividades de los primeros agentes de la Comintern en España, producidos por uno de ellos, el norte-americano Charles Phillips, bajo el seudónimo de Jesús Ramírez (Diciembre 1919-Junio 1920). Para un análisis de estas actividades ver Romero Salvadó, F. J.: “The Comintern Fiasco in Spain: The Borodin Mission and the Birth of the Spanish Communist Party”, *Revolutionary Russia*, 20/2 (2008), 153-77.

<sup>14</sup> A este congreso asistieron 450 delegados representando 699.369 miembros de sociedades afiliadas a la CNT y 56.642 no afiliadas.

consolidación de la Unión Soviética y la consecuente euforia revolucionaria desencadenaron una era de psicosis colectiva. Según algunos de los rumores apocalípticos que circulaban, los jefes bolcheviques se hallaban dirigiendo personalmente la revolución en cualquier rincón de Europa y disponían de recursos masivos para financiar el desorden social (B. Lockhart, 1932, pp. 196-197). Para combatir el “fantasma rojo”, se introdujo legislación de emergencia, los sindicatos fueron vigilados e infiltrados, miles de sospechosos fichados y muchos encarcelados sin juicio, y cientos de residentes extranjeros deportados (E. M. Carroll, 1965, pp. 8-10, 38-39). Uniones cívicas y milicias patrióticas formadas por “ciudadanos de orden” surgieron por doquier (E. González Calleja y F. del Rey Reguillo, 1995, pp. 20-22). Al mismo tiempo, porcentajes significativos de las clases socio-económicas dominantes comenzaron a albergar dudas sobre la validez de los regímenes constitucionales como fórmulas de control social. El mito del “espectro rojo” hizo posible la llegada al poder de salvadores de la patria como Adolf Hitler, Benito Mussolini, Antonio Salazar, Francisco Franco y tantos otros en la Europa de entreguerras.

La ausencia de un programa de conquista del estado por parte de la CNT no era motivo de alivio para la burguesía en España. En la documentación de las principales organizaciones empresariales como el Fomento del Trabajo Nacional o la Federación Patronal, se hace constante referencia al peligro bolchevique.<sup>15</sup> Anarquismo, sindicalismo, marxismo, eran todos términos intercambiables que significaban lo mismo, “rojos” (R. Service, 2007, p. 45). El aparente avance del comunismo internacional junto a la agitación obrera en España desencadenó una ola de miedo y la circulación, como en el resto de Europa, de histéricas noticias que iban desde rumores del desembarco en Barcelona del mismísimo Lenin hasta informes policiales sobre la existencia de agentes soviéticos cargados de oro para financiar la revolución.<sup>16</sup>

El pánico burgués desgraciadamente no quedó en un episodio cómico. Cientos de inocentes súbditos extranjeros, muchos refugiados en España durante la Gran Guerra, fueron deportados.<sup>17</sup> A partir de la primavera de 1919, la prensa conservadora comenzó a abogar por una dictadura.<sup>18</sup> Como sugirió, el dirigente de la Lliga Regionalista, Francesc Cambó, ésta nació y creció en el ambiente de Barcelona (J. Pabón, 1999, p. 921). La capital catalana, el principal baluarte de la CNT, se convirtió también en el centro de la reacción política. Y fue tal su ferocidad que el líder marxista italiano Antonio Gramsci (1983, pp. 82-83) vio en ella al precursor del fascismo.

Percibiendo al régimen como incapaz de hacer frente a un movimiento obrero radicalizado, los barones de la industria catalana concluyeron que había llegado el momento de prepararse para la guerra.<sup>19</sup> Alquilaban los servicios de bandas de pistoleros para amedrentar e incluso asesinar a dirigentes sindicales.<sup>20</sup> Comenzaron a demandar el surgimiento de un “cirujano de hierro” que salvase la patria,<sup>21</sup> mientras procedían a un *lockout* masivo (3 de noviembre de 1919 al 26 de enero de 1920) que dejó a un cuarto de millón de obreros parados en Barcelona (S. Bengoechea, 1994, pp. 230-231). El Somatén, hasta entonces una fuerza rural que combatía el bandidaje, se transformó en una milicia paramilitar urbana dirigida por destacados miembros de la aristocracia y la industria (E. González Calleja y F. del Rey, pp. 71-79).

<sup>15</sup> Por ejemplo: Archivo del Fomento de Trabajo Nacional (AFTN), *Actas*, 14: “No toleramos de que Barcelona se convierta en sede del Bolchevismo Occidental”; y AFTN, *Boletín de la Federación Patronal de Barcelona*: “El estrago producido por la ideología bolchevique entre nuestros obreros” (19-i-1920).

<sup>16</sup> El rumor sobre Lenin está en *El Sol* (16-i-1919). Para los informes policiales ver, AHN, Leg. 17A, Exp. 1 (5-i-1919).

<sup>17</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, H2766 y H3024.

<sup>18</sup> Por ejemplo, *El Debate* (12 y 19-iii-1919) y *La Acción* (8 y 19-iii-1919).

<sup>19</sup> AFTN, *Memoria de la Federación Patronal de Cataluña*, p. 28.

<sup>20</sup> La más notoria fue dirigida por el antiguo jefe de la policía de Barcelona, Manuel Bravo Portillo. Tras su asesinato en septiembre de 1919, su banda paso bajo el control del aventurero alemán Fritz Stallmann, más conocido como el Barón Koenig. La banda fue finalmente disuelta y Koenig expulsado de España en junio de 1920 tras saberse que había extraído pagos de algunos industriales por medio de chantaje y la fabricación de falsas amenazas de muerte. Ver AHN, Leg. 34A, Exp. 3, no. 19.

<sup>21</sup> AFTN, *Boletín de la Federación Patronal de Cataluña* (23-xii-1919).

La movilización armada de los “ciudadanos de orden” fue parte de la para-militarización conservadora que afectó a casi toda Europa. En España, este proceso de “fascistización social” arrojó la soberanía del poder público efectivamente a la alcantarilla. Muchas ciudades, pero Barcelona en particular, entraron en un círculo vicioso de terror. Los dirigentes sindicalistas se convirtieron en la víctima primordial de la represión lo que facilitó el ascenso de los partidarios de la violencia en la CNT. Este clima de guerra social jugó a favor de la reacción política que finalmente cristalizó en el pronunciamiento del 13 de septiembre de 1923 encabezado por Miguel Primo de Rivera, capitán general de Barcelona.

### El cirujano de plomo

En contra de la tesis del historiador británico Raymond Carr (1984, p. 505), nada indica que Primo de Rivera estuviese estrangulando en 1923 a un “recién nacido”. Usando la analogía médica, el sistema gobernante llevaba en la unidad de cuidados intensivos desde 1917. No obstante, el golpe de estado no fue un generoso acto de eutanasia. Cuando Primo de Rivera puso como excusa la deteriorada salud del poder público para justificar la terminación de su vida, cínicamente ocultaba que era la subversión pretoriana, fomentada por ciertos sectores económicos, con la complicidad de la corona, el cáncer que había consumido al régimen (F. J. Romero Salvadó, 2008, p. 294).

Vanidoso y ambicioso, Primo de Rivera estuvo dispuesto, animado por los barones de la industria catalana, a convertirse en el cirujano de hierro que éstos demandaban (F. del Rey, 1988, pp. 294-297).<sup>22</sup> Aunque no hay pruebas tácitas de su complicidad con el pronunciamiento, Alfonso XIII, en el momento de la verdad, tuvo menos dudas que Víctor Manuel III de Italia en liquidar al régimen constitucional. Obsesionado por la amenaza revolucionaria desde 1917, la posibilidad de ser acusado de tener alguna responsabilidad en el desastre colonial en Marruecos en 1921 solo confirmó su opinión de que los partidos dinásticos no le ofrecían ninguna garantía contra sus enemigos. Sabemos que en el verano de 1923, el monarca estaba considerando encabezar una dictadura personal.<sup>23</sup> En las horas cruciales de la madrugada del 13 de septiembre de 1923, el rey, seguro de la lealtad de las guarniciones militares, tenía el control de la situación y fue por tanto responsable del desenlace final (M. T. González Calbet, 1987, p. 20).

La dictadura española formó parte de la primera hornada de regimenes autoritarios que se instalaron en Europa tras la Gran Guerra: soluciones a la crisis provocada por el proceso de transformación socio-económica, el acceso de las masas a la política y el creciente protagonismo de la clase obrera (J. L. Gómez Navarro, 1991, p. 53). En lo que si fue original la reacción española fue en su fragilidad e implosión final; una debilidad, en comparación con sus homólogas europeas, que no debemos olvidar también estuvo presente en 1936.

Más que de hierro, Primo de Rivera acabó siendo un “cirujano de plomo”. Tras dar en sus primeros años solución a problemas acuciantes como el terrorismo social o la guerra de Marruecos, la dictadura, carente de coherencia ideológica o fundaciones políticas sólidas, comenzó a desintegrarse. El partido oficial, la Unión Patriótica, fundado en 1924, nunca fue más allá de una organización artificial en vez de la tan cacareada “escuela de ciudadanía” (Quiroga, 2005, pp. 295-296). Para 1929, el régimen era un cadáver político, abandonado por el monarca y parte de las fuerzas armadas, y abrumado por sus discrepancias internas (J. L. Gómez Navarro, 1991, 304). Sin embargo, la dictadura no se puede tildar de “paréntesis histórico”. Todo lo contrario, el golpe de Primo de Rivera sentó el precedente de recurso a la fuerza para llegar al poder, recurso que sería imitado en la década siguiente por un amplio abanico de fuerzas políticas (E. González Calleja, 2005, p. 387). También, fue el primer régimen que trasladaba valores y actitudes corporativas pretorianas al conjunto de la vida pública (E. González Calleja, 2005, p. 19). La dictadura fue un laboratorio de elaboración doctrinal de la derecha española tanto para los dirigentes conservadores de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) como los monárquicos de Renovación Española (J. L. Gómez Navarro, 1991, pp. 529-530). Sus ideólogos plantaron las bases

<sup>22</sup> Ejemplos del apoyo absoluto del capitalismo catalán al golpe de estado se puede ver en AFTN, *Memoria 1923-24*, pp. 63-71.

<sup>23</sup> Ver conversación del rey con Gabriel Maura en AAM, Leg. 259, Carp. 8 (Agosto 1923).

que luego serían parte integral del Franquismo: la idea de una patria mística vinculada de modo consustancial con el catolicismo, el antiparlamentarismo y antiliberalismo, y el autoritarismo basado en valores de orden, disciplina y autoridad (E. González Calleja, 2005, p. 186). Por último, la dictadura remató a los caducos partidos dinásticos, dividió a las fuerzas armadas y deslegitimó a la monarquía. Así, durante las elecciones municipales de abril de 1931, mientras las multitudes jubilosas celebraban la proclamación de la Segunda República, Alfonso XIII marchaba hacia el exilio abandonado por sus políticos y por un ejército reacio a intervenir en su defensa (M. Maura, 1995, pp. 187-188).

## **La II República: El sueño democrático**

La República nació acompañada de graves circunstancias adversas. Su proclamación coincidió con una era de extremismo ideológico y una crisis económica mundial sin precedentes. España parecía ir contra corriente de los tiempos. Mientras la República representaba su primer ensayo democrático, en otros lugares de Europa, la tendencia general se inclinaba a favor de los regímenes autoritarios. La pleamar negra de la década anterior alcanzó, de hecho, nuevas cotas con el ascenso al poder del Nazismo alemán en enero de 1933. Asimismo, la transición rápida en abril de 1931 permitió a los principales pilares del antiguo régimen (el ejército, la Iglesia y la oligarquía terrateniente) preservar su fuerza institucional. Finalmente, los partidos identificados con la República no eran sólo consustancialmente débiles en términos de base social sino que además pronto se vieron afectados por disputas y divisiones.

La experiencia republicana careció de homogeneidad. El uso generalizado de la violencia y la polarización socio-política la convirtió en un laboratorio ideal para el desarrollo tanto del reformismo democrático como de la revolución y la reacción. Tras cinco años, los tres proyectos contendientes habían demostrado una fuerza insuficiente para imponerse a los contrarios y lograr así la estabilización de las tensiones existentes.

Entre octubre de 1931 y octubre de 1933, la alternativa progresista-democrática presidida por Manuel Azaña con el apoyo tácito del Partido Socialista acabó erosionada ante el acoso-tenaza de los dos extremos del arco político. Tras desbancar a la vieja guardia sindicalista de sus puestos de poder en la CNT, los radicales de la Federación Anarquista Ibérica declararon la guerra a la República lanzando un ciclo de acciones insurreccionales, descritas por uno de sus más destacados dirigentes, Joan García Oliver (1978, p. 115) como “gimnasia revolucionaria”. El predecible resultado de esta estrategia suicida de confrontación abierta con el estado fue teñir a la República con la “sangre del pueblo” (Casanova, 1997, p. 131). Al mismo tiempo, en agosto de 1932, el antiguo director de la Guardia Civil, General José Sanjurjo, se rebeló en Sevilla con el objetivo de “rectificar” el carácter revolucionario del régimen. Su fracaso convenció a los sectores más pragmáticos de la derecha para que adoptaran una estrategia legalista. Así nació la CEDA en febrero de 1933, un partido católico de masas dispuesto a participar en el juego democrático para una vez alcanzado el poder, como había hecho Adolf Hitler en Alemania, destruir la democracia. Como su líder, José María Gil Robles (1998, p. 788), reconoció en una carta dirigida al jefe monárquico Antonio Goicoechea, era todo “cuestión de estrategia”.

La victoria electoral de la CEDA y de la derecha republicana representada por el Partido Radical en noviembre de 1933 abrió una fase de contra-reformismo y reacción. Tal proceso ganó fuerza tras el fiasco del movimiento revolucionario protagonizado por los socialistas en octubre de 1934 como medida preventiva para impedir el acceso al gobierno de la CEDA (S. Juliá, 2000, pp. 176-180). Los meses siguientes parecieron reivindicar la vía legalista preconizada por la CEDA. Mientras cerca de 40.000 prisioneros políticos languidecían en la cárcel, la legislación del primer bienio era rápidamente desmantelada. Sin embargo, la CEDA fracasó en su meta final – la revisión constitucional y la creación de un estado corporativo – cuando tras una serie de escándalos financieros en que figuraban dirigentes del Partido Radical, Gil Robles (1998, pp. 354-355) vio cómo el presidente de la República Niceto Alcalá Zamora prefería disolver las Cortes antes que entregarle el poder.

Con el país polarizado en febrero de 1936, el apretado margen de los resultados se tradujo, debido al sistema electoral, en una mayoría abrumadora del Frente Popular de izquierdas. Fue por



tanto el fracaso de la táctica legalista de la CEDA, y no las consabidas referencias, como en 1923, al espectro rojo o al desorden revolucionario, lo que devolvió la iniciativa a los partidarios de propinar un golpe de fuerza. Y hablar de armas implicaba hablar de la actitud del ejército. Con la particularidad de que en el seno de la oficialidad militar estaba prácticamente ausente el apoyo a las propuestas revolucionarias y era claramente mayoritaria, particularmente entre la élite de las tropas coloniales, la simpatía por la alternativa reaccionaria frente a la opción reformista. El 17 de julio de 1936 comenzó la insurrección militar en el Protectorado de Marruecos.

### La democracia asesinada

Mientras en otros países europeos sus regímenes constitucionales fueron derrocados con relativa facilidad durante el período de entreguerras, la República española no pereció sin antes poner enconada resistencia. La Guerra Civil fue el producto del fracaso parcial de la insurrección militar. En España, no existían los medios ni el equipo militar necesarios para sostener un esfuerzo bélico de tal envergadura y tan prolongado. Los dos bandos en liza rápidamente buscaron apoyo diplomático y militar en el extranjero. La reacción internacional a las peticiones de ayuda de ambos bandos fue por consiguiente crucial. De hecho, sin la interacción con el exterior el golpe militar no hubiera podido convertirse en una contienda en toda regla (A. Viñas, 2006, p. 436-7). España, a su vez, se convirtió en el espejo deformante en que Europa contemplaba una imagen exagerada de sus propias tensiones (E. Moradiellos, 1996, p. 55). Tanto la identificación internacional con las facciones en combate, como el grado de participación extranjera fueron un fenómeno insólito. La atmósfera volátil de la década de 1930 convirtió a la Guerra Civil española en el principal tema de debate en Europa. Para la opinión pública conservadora y católica, los militares rebeldes luchaban por la defensa de los valores de la civilización cristiana amenazados por el comunismo. Entre los círculos obreros y liberales, la República representaba la última trinchera de la libertad contra el inexorable avance de la reacción en el continente.

Las primeras intenciones de las grandes potencias parecían favorecer a la República, que no olvidemos era el gobierno legal e internacionalmente reconocido. Tanto Italia, exhausta y diplomáticamente aislada tras su aventura colonial de Abisinia, como Alemania, cuyos proyectos de *Lebensraum* se concentraban en la Europa Central y Oriental, rechazaron inicialmente las peticiones de ayuda del bando sublevado (Documents on German Foreign Policy, 1951, pp. 10-11; I. Saz, 1986, pp. 175-177). Por el contrario, Francia, gobernada desde hacía un mes por un gobierno de Frente Popular encabezado por el Socialista Léon Blum, se mostró, por obvias razones geoestratégicas e ideológicas, favorable a ayudar a sus correligionarios españoles (J. Moch, 1970, pp. 189-191). Sin embargo, el contexto internacional pronto cambió drásticamente. Una combinación de oportunismo y consideraciones estratégicas llevaron a Hitler y Mussolini a intervenir en la escena española. En un primer momento, los dictadores pensaban que una ayuda pequeña y encubierta garantizaría el triunfo de la insurrección y a corto plazo les supondría un aliado crucial en un área de importancia estratégica vital (A. Viñas, 2001, pp. 371-375; I. Saz, 1986, pp. 191-210). Sus cálculos fueron en exceso optimistas pues se vieron arrastrados a un conflicto de mucho mayor calibre y duración de lo que habían anticipado.

Simultáneamente, razones de índole doméstica y de política exterior paralizaron al gobierno francés. Sectores cruciales de la derecha gala pensaban que la subversión había triunfado con la llegada al poder del Frente Popular. En particular, el odio innato contra el Bolchevismo impregnaba el cuerpo de oficiales. Muchos de ellos simpatizaban, cuando no militaban, en organizaciones de extrema derecha. Tal actitud era tolerada por un buen número de generales y miembros del Estado Mayor, los cuales sentían una afinidad ideológica con sus homólogos españoles sublevados y años después formarían parte del régimen de Vichy (T. Vivier, 2007, pp. 77-79, 236-237). La noticia de la inminente ayuda a la República española desató una devastadora campaña. El pánico cundió en las filas gubernamentales pues temían que la “Francia patriótica” emulara a sus correligionarios del sur de la frontera. Tras tempestuosos debates en el consejo de ministros, la balanza se acabó inclinando a favor de la neutralidad defendida por el conservador *Quai d’Orsay* (Ministerio de Asuntos Exteriores). La baza decisiva fue la sensación de que la alianza con su socio vital, Gran Bretaña, estaba en peligro (J-B. Duroselle, 2004, p. 245).

La actitud británica fue crucial para el curso de la Guerra Civil. Ángel Viñas (2006, p. 438) la califica de “hostilidad encubierta”. Azaña (1978, p. 64) escribió que los artilugios y la hipocresía de la diplomacia inglesa fueron el peor enemigo de la República. El gobierno nacional liderado por el Conservador Stanley Baldwin, y el cuerpo diplomático, un club casi exclusivamente reclutado entre los vástagos de la aristocracia y la alta burguesía educada en Oxbridge, estaban impregnados de prejuicios contra todo síntoma de Bolchevismo (E. Moradiellos, 1990, p. 119). El embajador republicano en Londres, Pablo de Azcárate (1976, p. 40), al que le tocó lidiar con el *British establishment* afirmó: “preferían el triunfo del franquismo al de una República en la que no veían más que el peligro de la revolución y la influencia soviética”. Además de las cuantiosas inversiones financieras en España,<sup>24</sup> los dirigentes británicos, conscientes del debilitamiento progresivo de la posición económica y militar del Imperio, habían apostado por el apaciguamiento de los dictadores fascistas por medio de la negociación diplomática. La guerra en España, con su potencial para dividir ideológicamente al continente, constituía pues una amenaza para esta estrategia de apaciguamiento (E. Moradiellos, 1996, p. 37).

El problema central para la diplomacia británica era que la legalidad formal se situaba en el mismo campo que la temida revolución social, mientras que la ilegítima formal permanecía en el bando de la contra-revolución (E. Moradiellos, 1996, p. 44). Por consiguiente, el gobierno británico mantuvo para la opinión pública una imagen de neutralidad escrupulosa. De hecho, sus verdaderas intenciones habían quedado plasmadas en las instrucciones del 26 de julio de Baldwin a su ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden: “¡Por ningún motivo, sin importar lo que hagan los franceses u otro país, debemos entrar en la guerra al lado de los rusos!” (T. Jones, 1954, p. 231). Sin tener relaciones formales con la Unión Soviética, la República era identificada con “los rusos”.

Cuando, el 30 de julio de 1936, dos aviones *Savoia-Maribetti* se vieron forzados a hacer un aterrizaje de emergencia en la Argelia francesa, los intentos de mantener secreta la contribución italiana en España se vinieron abajo. La reacción inicial francesa de suministrar material de guerra a su, no olvidemos aliado y amigo Frente Popular español, rápidamente chocó con la oposición inglesa; una oposición que se convirtió en la amenaza de abandonar a Francia si su venta de armas a la República desencadenase una guerra en el continente (P. Renouvin y R. Rémond, 1967, p. 360). El *Quai d'Orsay* acabó imponiendo su idea de suspender la exportación de material de guerra a España, y apelar a todas las potencias europeas a ratificar un acuerdo de no-intervención (J. E. Dreifort, 1973, pp. 46-47). Los esfuerzos anglo-franceses pronto dieron su fruto: 27 naciones europeas, incluyendo todas las grandes potencias, se adhirieron al acuerdo a finales de agosto. Su supervisión quedó a cargo de un Comité cuyo cuartel general se hallaba en Londres y donde los respectivos embajadores eran los representantes de sus naciones. Como confesó el secretario del gabinete francés, André Blumel, “la No-Intervención fue principalmente un intento de evitar que otros hicieran lo que nosotros éramos incapaces de hacer” (G. Lefranc, 1965, p. 460). En realidad, como sugirió Julio Álvarez del Vayo (1940, p. 70), ministro de Asuntos Exteriores de la República, el *Quai d'Orsay*, y en particular en relación con la cuestión española, se convirtió desde entonces en una sucursal del *Foreign Office*. La No-Intervención se convertiría en una losa para los gobiernos franceses que impotentes, debido a la presión británica, veían cómo “intervenían” con impunidad y apenas discreción cerca de su frontera tropas alemanas e italianas.

La intervención extranjera fue fundamental para inclinar la balanza a favor de los sublevados durante las primeras semanas del conflicto y también lo fue en el otoño de 1936 para salvar temporalmente a la República. El 14 de septiembre, la Unión Soviética acordó suministrar armamento al casi denostado gobierno español. Cuatro días después, la Comintern se convirtió en la fuerza motriz del reclutamiento de voluntarios, las Brigadas Internacionales. La participación rusa en España, su primera gran intervención a escala internacional, no se debía a una oscura conspiración destinada a convertir al país en un satélite soviético. Más que por razones ideológicas, tal decisión se debía a *realpolitik*. Desde 1934, la política exterior rusa buscaba un entendimiento con las potencias occidentales basada en la defensa común contra el expansionismo alemán. Esta estrategia incluía el apoyo a Frentes Populares interclasistas en defensa de la democracia contra el

---

<sup>24</sup> Gran Bretaña era el socio comercial de España más importante (representando el 25% de las exportaciones y el 10% de las importaciones) y poseía cerca del 40% de las inversiones extranjeras (equivalente al 13,3% de las inversiones británicas en Europa). Tal capital estaba concentrado principalmente en la industria minera, el sector eléctrico, los ferrocarriles y algunas industrias alimenticias ligadas a la exportación.

peligro fascista. La supervivencia de la República era una pieza fundamental en el diseño ruso de transformar la estrategia a nivel doméstico de Frentes Populares en una alianza internacional entre las democracias occidentales y la Unión Soviética contra la agresión Nazi (F. Schauff, 2008, pp. 74-76).

La intervención soviética y la llegada de los primeros voluntarios salvaron Madrid y prolongaron la guerra. Sin embargo, tras el empate militar alcanzado en las batallas alrededor de la capital en el invierno de 1936-37, la balanza comenzó a inclinarse, gradual pero decisivamente, a favor de los insurgentes. Además de los más de 70.000 mercenarios moros, éstos pudieron contar con la inestimable colaboración de la Legión Cóndor alemana constituida por un escuadrón permanente de unos 5.000 soldados que contaba con las armas antiaéreas, tanques, y los aviones más modernos del arsenal Nazi. Italia prácticamente estuvo en guerra con la República, enviando cerca de 80.000 soldados, encuadrados en divisiones mecanizadas, y un contingente permanente de 300 aviones (J. Coverdale, 1975, p. 396). Por el contrario, los 35.000 miembros de las Brigadas Internacionales eran civiles que necesitaban ser armados y entrenados. Además, a diferencia de la regularidad del abastecimiento del bando insurgente, la República dependía de cargamentos poco fiables obtenidos en el mercado negro o de los suministros procedentes de puertos lejanos en el sur de Rusia. La ruta del Mediterráneo fue prácticamente estrangulada en el verano de 1937 por los ataques italianos obligando a desembarcar las remesas en los puertos atlánticos franceses. Dentro del esquizofrénico Frente Popular francés, figuras clave como el ministro de Aviación, Pierre Cot (1944, p. 353), y el de Finanzas, Vicent Auriol, apoyados por Blum practicaban la “*Non-Intervention Relâchée*” o el contrabando de armamento en la frontera pirenaica

El mal llamado Acuerdo de No-Intervención selló el trágico destino de la República. Desde el principio, suscitó una asimetría a favor de los sublevados que poco a poco fue estrechando el margen de maniobra de los Republicanos (A. Viñas, 2006, p. 447). Mientras negaba a un gobierno legal y reconocido su derecho inmanente de legítima defensa, su maquiavélica implementación favorecía al bando sublevado que no tenía dificultades en obtener armamento y tropas de las dictaduras europeas. El embajador ruso, Ivan Maiskii (1966, p. 33), describió al Comité de No-Intervención como “la esposa japonesa ideal, que nada ve, nada oye y nada dice”. La evidente incapacidad del Comité de frenar la flagrante participación en España de algunos de sus miembros se debía a que en realidad sus objetivos no eran exactamente aquellos divulgados por la propaganda oficial: confinar la guerra dentro de las fronteras españolas.

La No-Intervención fue un fraude institucionalizado que permitía al gobierno británico esconder su hostilidad hacia la República ante su opinión pública. Alentados por la debilidad de las democracias occidentales, los dictadores se involucraron masivamente en la aventura española. El ministro de Asuntos Exteriores francés Yvon Delbos confesó al embajador norteamericano en París en el verano de 1937 que sólo con Inglaterra firmemente al lado de Francia, ésta podría actuar (E. Moradiellos, 2001, p. 163). El conocimiento del incremento de ayuda fascista no cambiaba un ápice la postura oficial británica. En el poder desde mayo de 1937, Neville Chamberlain era según Oliver Harvey (1970, p. 77), secretario privado de Eden y luego de su sucesor en el *Foreign Office* Lord Halifax, un hombre cegado por su misión de aplacar los dictadores por lo que la enconada resistencia republicana era una irritable distracción. Este campeón del apaciguamiento iba a llegar a humillantes posturas en aras de un *modus vivendi* con los dictadores. En el verano de 1937, los constantes hundimientos de barcos mercantes por “misteriosas acciones piratas” en el Mediterráneo obligó a las democracias a organizar una conferencia en la ciudad suiza de Nyon. Los italianos habían sido informados por Berlín (Documents on German Foreign Policy, 1951, p. 443) que los servicios británicos de inteligencia habían conseguido descodificar los mensajes de la flota italiana y por tanto eran perfectamente conscientes de quién era el autor de los ataques. Para colmo, tras Nyon, el gobierno británico invitó a los italianos, los verdaderos villanos de la historia, a colaborar en la tarea de patrullar el Mediterráneo. El ministro de Asuntos Exteriores italiano, Conde Galeazzo Ciano (2002, p. 10) se mofó en sus diario que los “piratas se habían transformado en policías”.

El 16 de abril de 1938, Chamberlain alcanzaba un nuevo “éxito” diplomático con la firma del Acuerdo Anglo-Italiano que reconocía *de jure* la conquista italiana de Abisinia. La factura había incluido la dimisión en febrero de 1938 de Anthony Eden (1962, pp. 589-592), quien alarmado por el flagrante intervencionismo de las dictaduras fascistas, había insistido que la no intervención en

España debía ser la prueba de la sinceridad italiana. El 5 de junio de 1938, Oliver Harvey (1970, pp. 148-149) escribió en su diario: “el gobierno está rezando por la victoria de Franco y presionando a Francia para que interrumpa el tránsito de suministros a Barcelona”. Parecía como si para el gobierno británico fuese la actitud francesa y no la brutal demostración de fuerza en España (u otros lugares) de las potencias fascistas, la que conducía Europa al borde de la guerra. Chamberlain compartía la tesis de los insurgentes españoles de que Francia estaba alargando inútilmente la guerra con todas sus espantosas consecuencias. Los rezos acompañados de amenazas dieron fruto. El 13 de junio, el cierre del último y único canal seguro de armas para la asediada República, la frontera pirenaica, tildada de infernal por el embajador inglés en París Sir Eric Phipps (E. Moradiellos, 2001, p. 214), asestó un golpe letal a la República. Para entonces, Francia ya no estaba regida por el Frente Popular sino por un gobierno presidido por el indeciso Edouard Daladier con Georges Bonnet, un político que no necesitaba lecciones en apaciguamiento, a cargo de Asuntos Exteriores. La guerra concluyó el 1 de abril de 1939.

El laberinto español fue un reflejo primordial de las convulsiones sociales y el radicalismo político de entreguerras. Sus tensiones fueron la versión regional de la crisis más amplia que sacudía a Europa. El curso y desenlace final de la lucha fratricida que estalló en 1936 no puede pues comprenderse sin su contexto internacional. Sin la decisiva ayuda prestada por los dictadores, el General Franco no habría obtenido una absoluta e incondicional victoria. Asimismo, la República fue asesinada lentamente por el cerco diplomático creado por la paradoja cruel de la No-Intervención y la inhibición, cuando no hipocresía, de las democracias. España fue un claro ejemplo de la política de apaciguamiento sostenida contra viento y marea por el gobierno británico y con mayor o menor frustración por diferentes administraciones francesas. De este modo, se ignoraron todas las pruebas de la flagrante participación del fascismo en la Península Ibérica – incluyendo los bombardeos masivos de ciudades y los hundimientos indiscriminados de navíos mercantes. Pero el sacrificio de la España “Roja” fue en vano, pues no preservó la paz en el continente. Al contrario, incluso pudo acelerar la marcha hacia los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Durante su común aventura española, Alemania e Italia sellaron el Eje al tiempo que la estrategia de humillantes concesiones ante la fuerza bruta avivaba su insaciable apetito. Tras la caída de Madrid, Ciano (2002, p. 209) observó que el fascismo había conseguido su victoria más formidable. En la primavera de 1939, las democracias estaban a punto de pagar el precio de apaciguar, cuando no recompensar, tiranía y agresión.

## Bibliografía

- Álvarez del Vayo, J.: *Freedom's Battle*, Londres: Heinemann, 1940.
- Avilés Farré, J.: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
- Azaña, M.: *La Velada de Benicarló*, Madrid: Castalia, 2005.
- Azaña, M.: *Memorias políticas y de la Guerra*, vol. 2, Barcelona: Crítica, 1978.
- Azcárate, P.: *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil española*, Barcelona: Ariel, 1976.
- Balcells, A.: *El Sindicalisme a Barcelona, 1916-23*, Barcelona: Nova Terra, 1965.
- Ballbé, M.: *Orden público y militarismo en la España constitucional, 1812-1983*, Madrid: Alianza, 1985.
- Bengochea, S.: *Organització Patronal i conflictivitat social a Catalunya*, Barcelona: l'Abadia de Montserrat, 1994.
- Bernís, I.: *Consecuencias económicas de la guerra*, Madrid: Estanislao Maestre, 1923.
- Blinkhorn, M.: “Introduction: Allies, Rivals or Antagonists? Fascists and Conservatives in Modern Europe”, en Blinkhorn, M. (ed.), *Fascist and Conservatives*, Londres: Unwin Hyman, 1990, pp. 1-13.
- Brenan, G.: *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

- Cabrera, M. et al.: *Santiago Alba. Un programa de reforma económica del primer tercio del Siglo XX*, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1989.
- Cambó, F.: *Discursos parlamentaris, 1907-35*, Barcelona: Alpha, 1991.
- Cardona, G.: *Alfonso XIII, el rey de espadas*, Barcelona: Planeta, 2010.
- Carr, R.: *España, 1808-1975*, Barcelona: Ariel, 1984.
- Carroll, E. M.: *Soviet Communism and Western Opinion, 1919-1921*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1965.
- Casanova, J.: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España 1931-1939*, Barcelona: Crítica, 1997.
- Ciano, G.: *Diary, 1937-43*, London: Phoenix, 2002.
- Cobo Romero, F.: “The Red Dawn’ of the Andalusian Countryside: Peasant Protest during the Bolshevik Triennium, 1918-20”, en Romero Salvadó, F. J. y A. Smith, *The Agony of Spanish Liberalism. From Revolution to Dictatorship, 1913-23*, Basingstoke: Palgrave/Macmillan, 2010, pp. 121-144.
- Confederación Nacional del Trabajo: *Memoria del Congreso celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de Diciembre de 1919*, Toulouse: Portes & San José, 1948.
- Confederación Regional del Trabajo: *Memoria del Congreso celebrado en Barcelona los días 28, 29, 30 de Junio y el 1 de Julio de 1918*, Barcelona: CRT, 1918.
- Cordero, M.: *Los socialistas y la revolución*, Madrid: Torrent, 1932.
- Cot, P.: *Triumph of Treason*, Nueva York: Ziff-Davis, 1944.
- Coverdale, J.: *Italian Intervention in the Spanish Civil War*, Princeton: Princeton University Press, 1975.
- Documents on German Foreign Policy 1918-1945, Series D, vol. 3: *Germany and the Spanish Civil War*, Londres: His Majesty’s Stationery Office, 1951.
- Domingo, A.: *El ángel rojo, la historia de Melchor Rodríguez*, Barcelona: Almuzara, 2010.
- Dreifort, J. E.: *Yvon Delbos at the Quai d’Orsay: French Foreign Policy during the Popular Front, 1936-1938*, Kansas: Kansas University Press, 1973.
- Duroselle, J-B.: *France and the Nazi Threat. The Collapse of French Diplomacy, 1932-1939*, Nueva York: Enigma, 2004.
- Eden, A.: *Facing the Dictators*, Londres: Cassell, 1962.
- Gabriel, P.: “Propagandistas confederales entre el sindicato y el anarquismo. La construcción barcelonesa de la CNT en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Baleares”, *Ayer*, 45 (2002), 105-45.
- García Oliver, J.: *El eco de los pasos*, París: Ruedo Ibérico, 1978.
- Gil Robles, J. M.: *No fue posible la paz*, Madrid: Planeta, 1998.
- Gómez Navarro, J. L.: *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, Dictaduras y Dictadores*, Madrid: Cátedra, 1991.
- González Calbet, M. T.: *La Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid: El Arquero, 1987.
- González Calleja, E. y F. del Rey: *La defensa armada contra la revolución*, Madrid: CSIC, 1995.
- González Calleja, E.: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid: Alianza, 2005.
- Graham, H. y P. Preston: “The Popular Front and the Struggle Against Fascism”, en Graham H. y P. Preston (eds), *The Popular Front in Europe*, Londres: Macmillan, 1987, pp. 1-19.
- Gramsci, A.: “On Fascism, 1921”, en Beetham, D. (ed.), *Marxists in the Face of Fascism*, Manchester: Manchester University Press, 1983, pp. 82-87.

- Harvey, O.: *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey, 1937-1940*, Londres: Collins, 1970.
- Jackson, J.: "Introduction", en Jackson, J. (ed.), *Europe 1940-1945*, Oxford: Oxford University Press, 2002, pp. 1-15.
- Jones, T.: *A Diary with Letters*, Oxford: Oxford University Press, 1954.
- Juliá, S.: "Preparados para cuando la ocasión se presente: Los socialistas y la revolución", en Juliá, S. (ed.), *Violencia política en la España del Siglo XX*, Madrid: Taurus, 2000, pp. 145-190.
- Lacomba, J. A.: *La crisis española de 1917*, Málaga: Ciencia Nueva, 1970.
- Lefranc, G.: *Histoire du Front Populaire, 1934-1938*, París: Payot. 1965.
- Lenin, V. I.: *The State and the Revolution. The Marxist Theory of the State and the Tasks of the Proletariat in the Revolution*, Moscú: Progress, 1985.
- Lockhart, B.: *Memoirs of a British Agent*, Londres: Shenval Press, 1932.
- Maisky, I.: *Spanish Notebooks*, Londres: Hutchinson, 1966.
- Márquez, B. y J. M. Capó: *Las juntas militares de defensa*, La Habana: Porvenir, 1923.
- Maura, M.: *Así cayó Alfonso XIII*, Barcelona: Ariel, 1995.
- Mayer, M.: *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid: Alianza, 1984.
- McDermott, K. y J. Agnew: *The Comintern*, Londres: Macmillan, 1996.
- Meaker, G.: "A Civil War of Words", en Schmitt, H. A. (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville: University of Virginia Press, 1988, pp. 1-65.
- Moch, J.: *Recontres avec Léon Blum*, París: Plon, 1970.
- Moradiellos, E.: "El espejo deformante: Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil", *Revista de Extremadura*, 21 (1996), 55-79.
- Moradiellos, E.: *El refugio de Europa: Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española*, Barcelona: Península, 2001.
- Moradiellos, E.: *La Perfidia de Albión: El Gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid: Siglo XXI, 1996.
- Moradiellos, E.: *Neutralidad benévola: El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo: Pentalfa, 1990.
- Moreno Luzón, J.: "El clientelismo político. Historia de un concepto multidisciplinar", *Revista de Estudios Políticos*, 105 (1999), 73-95.
- Pabón, J.: *Cambó, 1876-1947*, Barcelona: Alpha, 1999.
- Quiroga, A.: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- Renouvin, P. y R. Rémond: *Léon Blum. Chef de Gouvernement*, París: Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1967.
- Rey, F. del: "El Capitalismo Catalán y Primo de Rivera: En torno a un golpe de estado", *Hispania*, XLVIII/168 (1988), 289-307.
- Robles Egea, A. (ed.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismos políticos en la España contemporánea*, Madrid: Siglo XXI, 1996.
- (Conde de) Romanones: *Notas de una vida, 1902-1931*, Madrid: Marcial Pons, 1999.
- Romero Salvadó, F. J.: "Spain's Revolutionary Crisis of 1917: A Reckless Gamble", en Romero Salvadó, F. J. y A. Smith (eds), *The Agony of Spanish Liberalism. From Revolution to Dictatorship, 1913-23*, Basingstoke: Palgrave/Macmillan, 2010, pp. 62-91.

- Romero Salvadó, F. J.: "The Comintern Fiasco in Spain: The Borodin Mission and the Birth of the Spanish Communist Party", *Revolutionary Russia*, 20/2 (2008), 153-77.
- Romero Salvadó, F. J.: *España 1914-1918. Entre la Guerra y la revolución*, Barcelona: Crítica, 2002.
- Romero Salvadó, F. J.: *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Spain, 1916-23*, Londres: Routledge, 2008.
- Rosmer, A.: *Lenin's Moscow*, London: Bookmarks, 1971.
- Saz, I.: *Mussolini contra la II República*, Valencia: Alfons el Magnànim, 1986.
- Service, R.: *Comrades. Communism: A World History*, Basingstoke: Macmillan, 2007.
- Tavera, S.: "La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa nueva", *Ayer*, 45 (2002), 13-37.
- Torre Gómez, H. de la: *El Imperio del Rey: Alfonso XIII, Portugal y los ingleses, 1907-1916*, Mérida: Gráficas Rejas, 2002.
- Varela Ortega, J. (ed.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España, 1875-1923*, Madrid: Marcial Pons, 2001.
- Villares, R.: "Alfonso XII y Regencia, 1875-1902", en Villares, R. y J. Moreno Luzón, *Restauración y Dictadura*, Barcelona: Crítica/Marcial Pons, 2009. pp. 3-304.
- Viñas, A.: *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, Madrid: Alianza, 2001.
- Viñas, A.: *La Soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona: Crítica, 2006.
- Vivier, T.: *L'Armée Française et la Guerre D'Espagne, 1936-1939*, París: Éditions de l'Officine, 2007.